

Del túnel a la Universidad

Si alguien tuviera que establecer el marco para un relato de corte apocalíptico y, por limitaciones del autor, ya fuera en lo referente a su experiencia o a su imaginación, el escenario tuviera que circunscribirse a Madrid capital, y a ser posible a un solo barrio, la Ciudad Universitaria sería sin duda una de las primeras opciones consideradas, pues su situación y fisonomía la convierten en candidato ideal.

Al sin duda sugerente entorno formado por las amplias avenidas -que estarían convenientemente desprovistas de todo arbolado, quizá con la excepción de algunos matorrales bajos, de los que pudiera decirse que su fruto, de sabor agrio y polvoriento, es todo un manjar para los escasos habitantes de la zona- se le añade el atractivo que suponen los grandes edificios de las facultades y escuelas. Estos podrían ser sin duda refugio de los pocos estudiantes que quedaran en aulas y despachos, organizados en bandas más o menos violentas, algunos dedicados a obtener los restos de tecnología de laboratorios y talleres, con miras a fabricar ingenios que les facilitaran la existencia, o se la dificultara a sus rivales; otros, de forma a priori menos práctica, pero quién sabe si más provechosa a la larga, podrían tener como meta la recuperación y organización del saber acumulado en las bibliotecas universitarias, de forma que, cuando pasara la tormenta, alguien supiera cómo utilizar las herramientas disponibles; de manera que no murieran las ideas.

La existencia de túneles de Metro bajo la Ciudad Universitaria no es sino el aliciente definitivo para su aprovechamiento literario: hasta el más pedestre de los creadores sería capaz de conjurar la imagen de grupos de personas, atrapados por el cataclismo en pleno tránsito entre su lugar de estudio o trabajo y sus hogares, que sobrevivirían en la red de trenes durante meses, alimentándose con los productos de las cafeterías y máquinas de comida rápida, y transportando víveres de un barrio a otro en canastos, que bien podrían suponer la vuelta al burro como medio de locomoción. Estos *morlocks* posmodernos, finalmente, saldrían a la luz difusa del amanecer nuclear, extendiéndose por el resto de la Ciudad y, con un poco de suerte, dando lugar a una civilización donde la educación superior sería, más que un lujo, una necesidad geográfica.

No seré yo quien escriba semejante cuento.